**LA TRIBUNA DE LA VERDAD**

# La letra, con la sangre de alguien entra

**ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO**

*La letra, con sangre entra* es un clásico estribillo que hacía referencia a un modelo educativo de una determinada época. En realidad, como es fácil adivinar, era una simple fórmula para expresar ciertos métodos expeditivos empleados por los docentes en su trabajo diario, es decir, la fuerza y los castigos como medio para conseguir sus fines. Palmetazos en las manos o cabeza, pérdida del recreo, alargamiento de la jornada, incluso horas de estudio extra en fines de semana eran procedimientos socialmente tolerados. Quizás se aprendía por temor. Existían sendas reválidas de cuarto y sexto, un riguroso examen de entrada a la universidad y un primer año universitario selectivo no menos exigente. Somos muchos los que hemos vivido todo eso, sin una sola ayuda pedagógica o psicológica y sin el menor rastro de trauma juvenil.

¿Qué ha ocurrido en los últimos decenios? Cada cual podrá revisar su propia experiencia, pero lo único cierto, desgraciadamente, es que la letra sigue entrando con sangre, entonces la de los estudiantes, ahora la de los maestros y profesores. Dos son las causas principales de tan extremo cambio: primera, la falta de una política educativa de estado; segunda, la eliminación –por ley- del rigor, la disciplina y la exigencia como presuntos causantes de posibles traumas estudiantiles.

La cultura del esfuerzo personal y de la competición ha sido borrada de un plumazo del sistema educativo español. Queda terminantemente prohibido anunciar quién es el mejor de la clase, pero no quién es el mejor jugando al fútbol. Sin embargo, a la hora de elegir carrera sólo los mejores tienen libertad para escoger y el mercado de trabajo sólo elige a los mejores. La educación en familia casi no existe y la caída de conocimientos y sus aplicaciones no puede ser más decepcionante.

Ante tan desolador panorama ¿hay sitio para la esperanza? Rotundamente, no; el desastre es de tal magnitud que se necesitarán dos generaciones, al menos, para enderezar el rumbo. No obstante, he encontrado el regocijo de ver escritas esas tantas cosas propias de las tertulias de pasillo que alguien se ha tomado la molestia en recopilar de manera magistral.

Se trata del libro titulado *Panfleto antipedagógico*, de Ricardo Moreno Castillo, prologado por Fernando Savater, cuya primera edición es de mayo de 2006 y que se puede obtener de manera gratuita a través de Internet. Comienza el autor advirtiendo que “Este panfleto es un aviso perentorio, un grito de socorro, una llamada de atención sobre un problema que urge resolver, porque pronto será demasiado tarde. Se trata de la desastrosísima situación que atraviesa la educación en nuestro país. […]. Nunca han sido los conocimientos de los estudiantes tan ridículos ni el desánimo de los profesores tan grande”.

Fíjense con qué contundencia continua: “La llamada de atención se dirige a todos, pero en especial a los forjadores y entusiastas de una reforma educativa que, en un tiempo récord, ha conseguido que la cultura de los alumnos baje hasta niveles alarmantes, que la mala educación en la vida cotidiana de los centros suba hasta cotas vergonzosas y que los profesores estén más hartos, deprimidos y desesperados que nunca”.

La guinda inicial es obra de Savater, quien vuelca su experiencia para recordarnos que “Educar no es jugar ni entretener, ni desarrollar las capacidades genialoides o encauzar una creatividad innata con la que se encuentran en la cuna hasta los perezosos o más imbéciles como si fuera el regalo de su hada madrina; es, en cambio, adquirir destrezas, acumular conocimientos, despertar inquietudes activas y aprender formas de convivencia que no impliquen la sumisión acrítica, ni mucho menos el capricho refractario del malcriado”.

Ángel Ferrández Izquierdo es
catedrático de la Universidad de Murcia